



En el camino de la misericordia

Carta con motivo de la Cuaresma 2026

Mons. Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Queridos hermanos y hermanas en el Señor.

1. Un tiempo para volver al Señor.

Cada año, cuando llega la Cuaresma, la Iglesia nos invita a detenernos un momento y a escuchar de nuevo la voz del Señor. No es una voz que irrumpe con estrépito, ni una llamada que nos sorprenda por primera vez. Es más bien un timbre conocido, casi familiar, que resuena en lo hondo y nos recuerda quiénes somos y hacia dónde caminamos. Jesús no nos dice nada extraño cuando proclama: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). Nos recuerda algo que, en el fondo, ya sabemos: que la vida solo se entiende cuando se vuelve hacia Dios, y que el Evangelio no es una teoría, sino un camino que se recorre.

2. El Dios que se adelanta:

la misericordia en el Evangelio de Lucas.

En este tiempo, la Iglesia nos invita a volver al corazón del Evangelio, y pocas páginas lo expresan con tanta verdad como el capítulo 15 del evangelio de san Lucas. No hace falta desmenuzar sus parábolas ni clasificarlas; basta con dejarnos llevar por el movimiento que las atraviesa. En ellas descubrimos a un Dios que no se resigna a la distancia, que no se acostumbra a la ausencia, que no sabe vivir sin sus hijos.

Jesús nos habla de un pastor que deja las noventa y nueve ovejas para buscar a la que se ha perdido. No lo hace por cálculo, sino por amor. «Va tras la perdida hasta encontrarla» (Lc 15, 4). No se detiene, no se cansa, no se rinde. Y cuando la encuentra, «la pone sobre sus hombros, muy contento» (Lc 15, 5). San Gregorio Magno veía en esos hombros la cruz: «Él cargó sobre sus hombros nuestra naturaleza, porque tomó sobre sí la debilidad humana» (Homilías sobre los Evangelios, 34). La misericordia no es un sentimiento pasajero: es un movimiento que carga, que sostiene, que devuelve dignidad.

Jesús nos habla también de una mujer que enciende una lámpara y barre la casa hasta encontrar la moneda perdida. San Ambrosio comenta: «La lámpara es la Iglesia, que ilumina con la luz del Evangelio para encontrar la imagen de Dios en el hombre» (Comentario a Lucas VII, 207). Dios no se cansa de buscarnos, pero tampoco quiere buscarnos solo: nos hace partícipes de su luz.

Y en estas parábolas, llamadas de la misericordia, el Señor nos presenta a un padre que ve a su hijo cuando aún está lejos, que se conmueve, que corre, que abraza, que besa. «Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; corrió, se echó a su cuello y lo besó» (Lc 15, 20). El hijo había preparado un discurso, pero el padre lo interrumpe con un abrazo. San Juan Crisóstomo decía: «El padre no deja terminar al hijo su confesión, porque ya lo ha perdonado con el corazón» (Homilía sobre la penitencia, 3).

Estas imágenes no son tres historias distintas, sino tres maneras de decir lo mismo: Dios se adelanta. Dios no espera a que seamos dignos. Dios no exige garantías. Dios no pide explicaciones. Dios sale, busca, corre, abraza. La misericordia es su modo de ser. Y cuando uno se deja tocar por esta misericordia, comienza la conversión.

3. La conversión como regreso:

a Dios, a los hermanos y a la verdad de la vida.

Cuando uno se deja tocar por esta misericordia, comienza la conversión. No como un ejercicio introspectivo, ni como un examen severo, sino como un regreso. La conversión es siempre un volver: volver a Dios, volver a los hermanos, volver a la verdad de nuestra propia vida. Pero no son tres movimientos distintos, sino uno solo. Cuando volvemos a Dios, inevitablemente volvemos a los hermanos; cuando volvemos a los hermanos, descubrimos quiénes somos; y cuando volvemos a nosotros mismos, encontramos a Dios esperándonos. El profeta Joel lo expresa con una sencillez que desarma: «Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos; volved al Señor, vuestro Dios, porque es compasivo y misericordioso» (Jl 2, 13). No se trata de multiplicar gestos, sino de dejar que el corazón se abra.

4. La herida del pecado y la necesidad de una mirada nueva.

En este camino, no podemos ignorar la realidad del pecado. No para recrearnos en ella, sino para reconocer aquello que necesita ser sanado. El pecado personal nos hiere y nos encierra; el pecado social nos envuelve y nos condiciona. San Juan Pablo II hablaba de «estructuras de pecado» que deforman nuestra mirada y endurecen el corazón. Y es verdad: hay modos de pensar, de consumir, de relacionarnos, que nos hacen ver al otro como

amenaza, como carga, como competidor. La Cuaresma es un tiempo para pedir al Señor que nos devuelva la mirada limpia, capaz de reconocer en cada persona un hermano.

5. La misión que nace de la misericordia.

Pero la misericordia no nos deja quietos. Quien ha sido alcanzado por ella no puede guardarla para sí. La vocación cristiana es siempre una llamada a salir, a propiciar encuentros, a abrir caminos. Jesús nos recuerda que «la mies es abundante» (Lc 10, 2), y no se refiere a tareas, sino a personas. La misión no consiste en hacer muchas cosas, sino en acercar a otros al encuentro que nos ha cambiado la vida. San Ireneo lo expresó con una frase luminosa: «La gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios» (Adversus Haereses IV, 20, 7). La misión es ayudar a que cada persona descubra esa vida.

La misión no es una tarea añadida a la vida cristiana, ni un capítulo más dentro de la actividad de la Iglesia. La misión es su razón de ser. Existimos para anunciar a Jesucristo, para que su Evangelio llegue a todos, y su luz transforme los corazones y también las realidades en las que vivimos. Cuando la Iglesia olvida esto, se encierra; cuando lo recuerda, respira. La misión no consiste en estrategias ni en programas, sino en dejar que Cristo viva en nosotros de tal manera que otros puedan encontrarlo a través de nuestra vida. No se trata de convencer, sino de testimoniar; de imponer, sino de proponer; no queremos conquistar espacios, sino abrir caminos. Jesús nos dijo: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 14), y la luz no existe para sí misma, sino para iluminar. La misión nace de la experiencia de haber sido alcanzados por la misericordia y se alimenta de la certeza de que el mundo necesita esa misma misericordia. Cuando un cristiano vive de verdad su fe, la misión brota como un fruto natural, como un desbordamiento. Y cuando una comunidad vive en clave misionera, se convierte en un hogar abierto, en un signo de esperanza, en un lugar donde la vida se renueva.

Pero la misión no se limita a transformar el corazón individual; aspira también a transformar los ambientes, las relaciones, las estructuras. No porque queramos imponer un modelo, sino porque creemos que una sociedad impregnada del Evangelio es una sociedad más humana, más justa, más fraterna. El Evangelio no empobrece la vida pública: la ennoblece. En un tiempo marcado por la polarización, por la desconfianza, y la intolerancia que levanta muros y sospechas, los cristianos estamos llamados a construir

puentes, a sanar heridas, y a tejer vínculos. La fraternidad universal no es un sueño ingenuo, sino una exigencia del Evangelio. San Pablo nos recuerda que Cristo «es nuestra paz» (Ef 2, 14), y que en Él han caído los muros de separación. La misión consiste también en llevar esta paz a los lugares donde se ha perdido, sembrando gestos de reconciliación allí donde la convivencia se resquebraja, y mostrando que es posible vivir de otra manera. Una Iglesia que vive la misión no se repliega ante la hostilidad ni se deja arrastrar por las tensiones del momento: se convierte en un signo humilde pero firme de unidad, de diálogo, de esperanza. Y cada cristiano, en su familia, en su trabajo, en su barrio, puede ser una pequeña lámpara que ilumina sin ruido, que calienta sin quemar, que señala un camino distinto. Porque cuando el Evangelio se encarna en la vida, la vida se vuelve más humana; y cuando la sociedad respira Evangelio, la fraternidad deja de ser un ideal para convertirse en experiencia.

6. La caridad que reconoce la dignidad del hermano.

Por eso, la caridad —la limosna, como la llama la Escritura— no es un gesto accesorio, sino un modo concreto de vivir la misericordia. Jesús nos invita a dar sin ostentación, sin cálculo, sin esperar nada a cambio (cf. Mt 6, 3). San Basilio lo decía con una fuerza que todavía hoy nos interpela: «El pan que guardas pertenece al hambriento; la ropa que escondes pertenece al desnudo» (Homilía sobre la avaricia, 7). La caridad no consiste solo en aliviar necesidades, sino en reconocer dignidades. En nuestra diócesis, como en el mundo en el que vivimos, los rostros de la pobreza son muchos: familias que no llegan a fin de mes, ancianos solos, jóvenes sin horizonte, personas sin hogar, enfermos invisibles, mujeres heridas, niños que crecen sin apoyo. La caridad cristiana no se limita a dar cosas: da tiempo, escucha, compañía, esperanza.

Y entre estos rostros, quiero detenerme en los migrantes. No como un tema social, sino como una realidad humana y cristiana. Más allá de los debates políticos —que deben existir y ser justos—, para nosotros son hermanos. Jesús lo dijo sin rodeos: «Fui forastero y me acogisteis» (Mt 25, 35). No son cifras ni problemas: son historias, sueños, heridas, talentos. Nuestra Iglesia se ve rejuvenecida por quienes llegan de lejos con una fe viva, con una alegría que contagia, con un sentido comunitario que a veces nosotros hemos debilitado. San Juan Crisóstomo nos recuerda que «si no encuentras a Cristo en el pobre, tampoco lo encontrarás en el cáliz» (Homilía sobre Mateo, 50). Acoger no es una opción: es un acto de fe.

7. Los caminos cuaresmales:

oración, ayuno y limosna.

La Cuaresma nos ofrece medios concretos para este camino: la oración, el ayuno y la limosna. No como ejercicios aislados, sino como un único movimiento que nos abre a Dios, nos libera de lo superfluo y nos acerca al hermano. Todo desemboca en la reconciliación, ese sacramento en el que el Padre nos abraza como al hijo que vuelve. «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos» (1 Jn 1, 9). No hay abrazo más verdadero que el que se recibe en la misericordia.

Y todo este camino tiene una meta: la Pascua. No caminamos hacia un esfuerzo, sino hacia una fiesta. «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él» (Rm 6, 8). La Pascua es la victoria de la vida sobre la muerte, de la misericordia sobre el pecado, de la esperanza sobre el miedo. Es el horizonte que ilumina toda la Cuaresma.

Nos acompaña en este camino María, Madre de la Misericordia. Ella guardaba todo en su corazón (cf. Lc 2, 19), ella estuvo junto a la cruz, y acogió la vida nueva del Resucitado. A ella le confiamos nuestra diócesis, nuestras familias, nuestros pobres, nuestros migrantes, nuestros jóvenes. Que ella nos enseñe a volver a Dios, a mirar a los hermanos con compasión, y a caminar hacia la Pascua con esperanza.

Con mi afecto y la bendición.

Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe



Diócesis de Getafe